

## DISERTACION

SOBRE

## LOS VERDADEROS Y LOS FALSOS MILAGROS,

y sobre el poder de los ángeles y de los demonios sobre los cuerpos (\*).

I.  
Excesos de  
incredulidad y de superstitio-  
n en lo tocante á los milagros.

Nada hay de que se hable tanto como de milagros y de operaciones de los buenos y de los malos espíritus sobre los cuerpos; y al mismo tiempo nada hay acaso, de que se hayan formado ideas más confusas y más falsas, que las calidades de un verdadero milagro, y la extensión del poder de los espíritus sobre la materia. Ciertas personas que se precian de fortaleza de espíritu y de intrepidez, consideran todo lo que se dice del poder de los ángeles malos, de sus apariciones, de las ilusiones que causan en nuestros sentidos, de las obsesiones y posesiones de los demonios, de las mudanzas que causan en el aire, y tantas otras cosas que se les atribuyen, como cuentos propios para divertir espíritus débiles, y ven con lástima á los que se muestran convencidos de ellas. Otros van por el extremo contrario; se dejan persuadir de todo lo que se dice de la fuerza de los demonios, de los mágicos y de los hechiceros; creen con ligereza todos los milagros verdaderos ó supuestos que se les cuentan, y admiten sin exámen todas las historias que se forjan de apariciones de espíritus y posesiones de cuerpos por los demonios. Otros en fin, que tienen el ánimo dispuesto de una manera mucho más peligrosa, toman ocasión para negar todos los milagros y todo lo que se dice de los demonios, de los ángeles y de los espíritus, de que se han divulgado una infinidad de falsos milagros, y de que se tienen por prodigios ciertos efectos naturales, cuyas causas eran desconocidas á quienes los presenciaron.

Lo que la Escritura nos dice de los milagros hechos por los mágicos de Faraon y de la aparición del alma de Samuel á Saúl, nos empeña en examinar aquí esta materia más á fondo y con más extensión; y para proceder con orden, darémos principio examinando la naturaleza, la posibilidad y las calidades de un milagro; y después el poder de los ángeles, de los espíritus y de los demonios para producir efectos sobrenaturales.

II.  
Naturaleza.  
La idea común que se tiene de un verdadero milagro es, que consiste en un efecto que exceda las reglas ordinarias de la natu-

(\*) La sustancia de esta disertacion es de Calmet.

## DISERTACION SOBRE LOS MILAGROS.

raleza. Que un hombre ande sobre las aguas; que permanezca suspenso en el aire, que hable derepente un idioma desconocido; que unas varas tomen de improviso la figura de serpientes, hé aquí lo que se llama un verdadero milagro. Al contrario, un falso milagro es un efecto, que aunque parece, no es en realidad superior á las leyes ordinarias de la naturaleza. Por ejemplo, si se enciende fuego en los cabellos de una persona por algun humor inflamable que puede haber allí naturalmente, como de lulo y de otros nos refiere la historia; y si tal fuego no quema los cabellos en que apareció, esto no es un milagro, así como no lo es que el fuego del aguardiente no consuma el lienzo en que prende. Hay mil cosas como esta en la naturaleza, que parecen prodigios, por la ignorancia en que estamos de la naturaleza de las cosas.

San Agustin observa muy bien que todas las cosas milagrosas que vemos, son á un mismo tiempo naturales y sobrenaturales. Naturales, porque son efectos de la voluntad de Dios que las produce, pues la naturaleza no es otra cosa que la voluntad del Criador; y sobrenaturales, porque suceden sobre las leyes ordinarias y conocidas de la naturaleza. Son pues sobrenaturales á nuestra vista, porque son contrarias á las leyes que conocemos de la naturaleza; pero no lo son respecto de Dios que es el autor de la naturaleza. *Nec enim ista cum fiant, contra naturam fiant, nisi nobis quibus alter natura cursus innotuit; non autem Deo, cui hoc est natura quod fecerit* (1). Y en otra parte: *Como pueda ser que lo que sucede por la voluntad de Dios sea opuesto á la naturaleza, cuando la voluntad de tan gran Señor es la naturaleza misma de las cosas! Los prodigios pues, no son contra la naturaleza, sino contra lo que conocemos de la naturaleza. Quomodo est contra naturam quod Dei fit voluntate; cum voluntas tanti utique conditoris, condita cujusque rei natura sit? Portentum ergo fit non contra naturam, sed contra quam est nota natura* (2).

Quando Espinosa (3) quiere negar la posibilidad de los milagros, se empeña en mostrar que no es posible que el curso de la naturaleza sea jamás interrumpido; y su gran razonamiento es el siguiente: Las leyes de la naturaleza no son otra cosa que los decretos de Dios; es así que los decretos de Dios no se pueden mudar porque Dios es inmutable; luego los milagros son imposibles, porque un milagro verdadero es contrario á las leyes conocidas y ordinarias de la naturaleza.

Este autor supone que Dios obra siempre de una manera necesaria, absoluta, general, invariable; y que las leyes de la naturaleza y los efectos que dependen de ellas, están ligados y dependientes unos de otros, en términos que no se puede concebir la menor variación ni la menor mudanza sin destruir la idea de un Ser infinitamente sabio, inmutable, siempre igual y constante en sus operaciones.

Pero esta idea, que á primera vista parece tan gloriosa á Dios, y que excluye de él todo lo que huele á imperfeccion y á mudanza

(1) Aug. de Genesi ad litteram, lib. vi. cap. 13.—(2) Lib. xxi. de Civit. Dei, c. viii.—(3) Tractat. Theologico-polit. c. vi.

posibilidad y calidades de un milagro.

za; esta idea en sustancia, se dirige á destruir el justo concepto que se debe tener de un Ser infinitamente libre, infinitamente sabio, é infinitamente poderoso, cuya voluntad infinitamente fecunda no depende de los sucesos, ni está ligada á los efectos que produce, sino que al contrario, estos dependen de sus decretos siempre libres, aunque siempre inmutables en sí mismos. Todos los tiempos, todos los sucesos y todas sus circunstancias, todos los movimientos libres de las voluntades criadas, están presentes para Dios. El conoce con perfeccion todo lo que ha sucedido, todo lo que sucede, y todo lo que sucederá. El concurre actualmente y de una manera eficaz á todos los efectos reales que se producen, dejando á los agentes libres toda su libertad, y produciendo en los cuerpos todos los movimientos que se observan en ellos. El no forma nuevos decretos en el tiempo, como si adquiriese alguna noticia nueva, ó alguna cosa imprevista que le determinase á tomar nuevas resoluciones; todos los sucesos, todas las mudanzas que vemos en la naturaleza, son consecuencias de sus designios eternos; y cualquiera diferencia que se nota en sus varias obras, no la hay en la voluntad del que las produce: *Opera mutat; consilia non mutat* (1). El dispone de sus criaturas, y usa de ellas segun su voluntad (2), sin mudarles la naturaleza, porque su voluntad es la naturaleza de cada cosa. El enlace de las causas segundas, la subordinacion que tienen á las leyes generales del movimiento y arreglo de las partes del universo; todo esto no es de tal suerte necesario en sí mismo, que no dependa de un principio y de una inteligencia perfectamente libre, que conduce, que dirige, que conserva los cuerpos y los movimientos, y que aun cuando se aparta de las leyes y reglas que estamos acostumbrados á ver en ella, ejecuta los decretos libres é inmutables; y así los milagros entran, como todo lo demas, en la economía de los designios de Dios, y por consiguiente en el orden de la naturaleza.

Espinoso se ha formado una idea muy mezquina de la voluntad de Dios, si pretende que ella sea de tal suerte inmutable, que deje de ser libre; ó él juega con un equívoco de estas palabras, *leyes de la naturaleza*, como si estas leyes de la naturaleza fuesen diferentes de la voluntad de Dios, ó como si un milagro destruyera estas leyes. Ya hemos hecho ver que la voluntad de Dios es la naturaleza de las cosas; que un milagro es un efecto de la voluntad de Dios; pero de una voluntad libre y particular que produce un efecto diferente de los que ella produce, siguiendo el curso ordinario y conocido de la naturaleza. Tal es la idea que tenemos de un verdadero milagro.

De todo lo dicho, es fácil inferir que el poder de obrar verdaderos milagros, está reservado á solo Dios; y que por tanto, ni los ángeles, ni los demonios, ni las almas separadas de los cuerpos, pueden hacer milagros, aunque pueden concurrir á una accion milagrosa con sus oraciones, ó en calidad de causa instrumental. Así es como Dios ha hecho muchos milagros por ministerio de los ángeles y de los profetas en tiempo del Antiguo Testamento, y en

III.  
Cuál es el poder de los ángeles, de los espíritus y de los demonios en la produccion de los

(1) *Aug. confess. l. 1.—(2) Aug. contra Faust. l. xxv. c. 5.*

tiempo del Nuevo, los apóstoles; y despues de ellos, muchos santos han hecho milagros verdaderos; es decir, los han obtenido de Dios por su mediacion y por sus ruegos, ó los han hecho con la autoridad que Dios les ha conferido.

Mas en cuanto á los demonios, no es fácil concebir de qué modo han podido ejecutar acciones milagrosas. Ello no puede ser por su propia virtud, y mucho menos por sus oraciones. Parece pues, que Dios ha querido servirse de ellos como de instrumento de su venganza, cuando por su medio ha hecho acciones sobrenaturales; ó mas bien, que los demonios no han obrado milagros verdaderos, sino que son falsos todos los que se les atribuyen, son ilusiones, son cosas que sorprenden; pero no pasan de naturales. Vamos á examinar esta materia.

La Escritura nos dice que los mágicos de Faraon convirtieron en serpientes las varas que tenían (1); que mudaron el agua en sangre, y contrahicieron tambien el tercero de los milagros que habia hecho Moises. Este nos da precauciones contra los milagros de los falsos profetas (2), de una manera que al parecer prueba que el no dudaba de que el demonio pudiese hacerlos por medio de tales profetas: *Si se levanta, dice, en medio de vosotros un profeta ó un hombre que pretende haber tenido sueños proféticos, y os anuncia un prodigio y un milagro, y sucede lo que os anuncia, y despues os dice: Vamos á servir á los dioses extranjeros; no escuchéis los discursos de este profeta, porque el Señor os prueba.* JESUCRISTO (3), acusado por los fariseos de que expelia los demonios á nombre de Beelzebub, en vez de destruir esta acusacion, echando por tierra el principio de los fariseos que suponian en el demonio el poder de hacer milagros, se contentó con manifestar, que no pudiendo el demonio ser contrario á sí mismo, ni obrar contra sus propios intereses, era imposible que quisiese obedecer á JESUCRISTO que trataba de destruirle su imperio. En otro lugar (4) nos advierte que nos guardemos de los prodigios y milagros de los falsos profetas, y nos anuncia que estos prodigios serán tales, que podrian seducir, si fuese posible á los mismos escogidos. San Pablo predice los signos y los prodigios (5) del Anticristo, y nos enseña que Satanas se transforma en ángel de luz. Por último, muchos padres han creído que la mudanza de las varas de los mágicos en serpientes fue verdadera; con lo que parece que reconocen en el demonio el poder de obrar milagros, porque no se puede concebir que semejante mudanza se haya podido hacer de un modo natural.

Orígenes (6) reconoce visiblemente que el poder del demonio hizo respecto de las varas de los mágicos, lo mismo que la virtud de Dios respecto de la vara de Moises; pero que no pudo resituir á su primer estado las varas que habia convertido en serpientes, porque su poder podia extenderse á causar el mal; pero no á producir el bien: *Contraria virtus malé quidem facere aliquid potest, sed restituere in integrum non potest.* Teodoro (7), para refutar á los que

(1) *Exod. vii. 11. et seq.—(2) Dent. xiii. 1. et seq.—(3) Matt. ix. 34. xii. 21. et seq.—(4) Matt. xxv. 24.—(5) 2. Theosal. ii. 9.—(6) *Homil. 13. in Numer. Efficat similiter contraria virtus virgam serpentem; sicut fecerat virtus Dei etc.—(7) Quest. 18.**

efectos sobrenaturales.

se atrevieron á decir que Moises no hacia sus prodigios sino por los secretos de la magia, no halla mejor argumento que la confesion forzada de los mágicos de Faraon, esto es, que el dedo de Dios intererencia en ellos: porque en fin, dice, si Moises enganaba los sentidos con sus prestigios, los mágicos podian hacer lo mismo para vencerle de impostor.

San Agustin (1) se propone la cuestion de si las varas de los mágicos eran llamadas serpientes en el texto sagrado, solamente porque tenian la figura de este animal, aunque no su realidad, por cuanto la mudanza hecha en ellas habia sido fantástica y aparente; y responde: que siendo uno mismo el modo con que habla la Escritura de la mudanza de la vara de Moises y de las de los mágicos, parece que se debe reconocer una variacion igual en todas. Pero en seguida se objeta que seria necesario segun esto que los demonios hubiesen criado aquellas serpientes, porque no parece posible ni natural un cambio tan pronto y tan repentino de una vara en serpiente: y contesta que hay en la naturaleza un principio universal extendido en todos los elementos, que contiene la semilla de todas las cosas corporales, las que se dejan ver cuando sus principios son puestos en accion á tiempo y por agentes á propósito; pero estos no pueden ni deben llamarse criadores, porque no sacan de la nada lo que hacen, sino que solamente determinan las causas naturales á producir sus efectos visibles.

Así los ángeles malos han podido, segun este padre, producir en un instante serpientes con la materia de las varas de los mágicos, aplicando por una virtud sutil y admirable causas que parecian muy remotas, á la produccion de un efecto repentino y extraordinario: pero no concede la calidad de criador sino á Dios solo, que ha dado el ser á las causas naturales, y al principio de que se habló antes, extendido en la naturaleza. El mismo santo sostiene esta opinion y con las mismas pruebas, en su libro de la Trinidad (2). Prueba igualmente en sus libros de la ciudad de Dios (3), que los demonios no pueden hacer nada ni aun por su poder natural, sino con socorro particular de Dios; que ellos no pueden producir ninguna criatura nueva, sino solo mudar las especies que Dios ha criado; de suerte que muy lejos de poder mudar la naturaleza del alma, no pueden hacerlo ni aun con el cuerpo de un hombre, para convertirle por ejemplo, en el de una bestia. Por último, en su epistola á Deogracias defiende que las operaciones de los demonios semejantes á las de los ángeles buenos, no tienen la realidad sino la apariencia de estas, y que no son efecto de la sabiduria, sino del embuste de los espíritus malignos (4). Esto parece que lo entiende el santo de los milagros falsos del paganismo, y de los que refiere la Escritura santa suponiendo que han sido variaciones reales y prodigios verdaderos.

Santo Tomas discute sobre los mismos principios que San Agus-

(1) Qu. 21. in Ezod. Deus vero solus verus creator est, qui causas ipsas et rationes seminarias rebus inseruit.—(2) Lib. II. c. 8.—(3) Lib. xviii. c. 18.—(4) Ep. 102. nota. edit. qu. 16. n. 32. Quomodo et dormones nonnulla faciunt angelis sanctis similia, non veritate sed specie; non sapientia, sed plane fallacia.

tin, y deduce las mismas consecuencias (1). Defiende que el demonio nada puede crear en la naturaleza; que todas las mutaciones que ejecuta son puramente naturales, dando cierto movimiento ó cierta forma á una sustancia ya criada; y que si algunas veces parece que hace prodigios superiores á la naturaleza, son aparentes y fantásticos.

La mayor parte de los comentadores han abrazado esta opinion, cuya dificultad consiste en saber si las varas de los mágicos son de tal naturaleza que puedan mudarse con tanta prontitud en serpientes por la natural aplicacion de los principios activos de la materia. Tostado (2), á quien esto parece imposible, ha creído que el demonio por una agilidad de que es muy capaz, puso serpientes verdaderas y reales en lugar de las varas, quitando estas con sutileza sin que se percibiera. Otros (3) prefieren decir, que aquel espíritu artificioso previó lo que debia hacer Moises por lo que este dijo delante del pueblo, y preparó desde entonces las varas de los mágicos, y las dispuso poco á poco á recibir la trasformacion real que hizo en ellas reduciéndolas á serpientes.

Pero cualquiera que haya sido el modo con que esto sucedió, ni los padres ni los comentadores reconocen milagros verdaderos en estas mutaciones. Ellos las tienen por una metamorfosis muy singular á la verdad, y muy difícil, pero no contraria ni superior á las leyes de la naturaleza. Y ciertamente la Escritura, que predice ó refiere los prodigios que los falsos cristos, los falsos profetas y el demonio han hecho, ó han de hacer, jamas los nota como verdaderos, ni dice que el demonio los haga por un poder absoluto é independiente. San Pablo (4) llama operaciones de Satanás, prodigios de la mentira, ilusiones capaces de extraviar hacia la iniquidad, á los prodigios que deben suceder en tiempo del Anticristo. Cuando la Escritura nos refiere algunos milagros hechos por el demonio, insinúa siempre que fueron porque los permitió Dios, que puede servirse de los malos ángeles para castigar á los pecadores de un modo sobrenatural. Se ve lo mismo en la historia de las plagas de Egipto. Dios permite al demonio mudar las varas de los mágicos en serpientes, y convertir el agua del Nilo en sangre; pero no le permite producir moscas (5); y los mágicos no pudieron defenderse de las otras plagas con que fue afligido todo el Egipto por merito de Moises. Dios limitó el poder del demonio; continuo los efectos de su malicia; hizo ver que era el Señor de esta soberbia criatura.

San Agustin dice (6), que todo el poder de los ángeles malos se reduce al castigo de los pecadores con permiso de Dios, ó á ejercitar á los buenos; porque no es creíble que las criaturas obedezcan á estos ángeles prevameadores, sino sólo á Dios; *Nec ideo putandum est istis transgressoribus angelis ad nutum servire hanc visibilibus rerum materiam, sed soli Deo.* Aunque Santo Tomás (7)

[1] I. part. qu. 104. art. 4.—[2] Tostat. in Ezod. vii. qu. 20.—[3] Cajetan. et Barradius, et Jansen. in Ezod.—[4] 2. Thessalon. ii. 9. 10. Cujus est adventus secundum operationem Satanae in omni virtute, et signis, et prodigiis mendacibus, et in omni seductione iniquitatis in qui perent.—[5] Ezod. viii. 18. ix. 11.—[6] Lib. II. de Trinit.—[7] 2. 2. quæst. 178. art. 1. 2.

reconoce que las transformaciones hechas por los mágicos de Faraon son verdaderas y no fantásticas, asegura, sin embargo que no son verdaderos milagros, porque son efectos de una causa natural: *Non vero habent rationem miraculi quae sunt virtute aliquarum naturalium causarum*. San Agustin pues, y Santo Tomas reconocen, que solo Dios puede hacer milagros verdaderos, y que todos los milagros hechos por las criaturas, lo han sido por la voluntad y concurso de Dios.

Los otros padres son todavía ménos favorables á los que quieren que el demonio puede hacer verdaderos milagros, pues enseñan que los mágicos de Faraon no mudaron verdaderamente sus varas en serpientes; sino que solo formaron una ilusion á los ojos de los espectadores, quienes creyeron ver lo que no habia. Filon (1) no tiene dificultad en adelantar que los mágicos de Egipto no emplearon su arte mas que para procurar destruir con sus encantos la impresion que los verdaderos prodigios de Moises hicieron sobre el animo de los asistentes; pero que al querer enganar á los otros fueron engañados ellos mismos, confundiendo su arte Dios por el milagro de la vara de Aaron que devoró las de los otros convertidas en serpientes. Y aunque en otra parte (2) parece decir que los mágicos produjeron serpientes verdaderas, añade, que con el espectáculo tan sorprendente de haber devorado la vara de Moises las serpientes producidas por los mágicos, quiso Dios convencer á los espíritus mas injustos y preocupados, de que la trasformacion hecha por parte de Moises no era efecto de la habilidad humana ni de una sutileza engañosa, sino de la virtud divina á la que son fáciles todas las cosas. Con lo que indica que las varas de los mágicos no se habian convertido en serpientes sino por un poder natural y por un simple efecto de la magia.

Josefo (3) hace que Moises diga á Faraon: que el milagro que va á obrar en su presencia, convirtiendo la vara en serpiente, no es una cosa que tenga solamente apariencia de verdad ni un prestigio propio para enganar á los simples y a los ignorantes, como el que se habia hecho por medio de los mágicos, sino que es un prodigio de la virtud y del poder de Dios. El autor de las Preguntas á los ortodoxos bajo el nombre de San Justino (4) sostiene, que todo lo que hicieron los mágicos era obra del demonio; que eran prestigios con que engañaban los ojos de los asistentes, representándoles como serpientes ó como ranas, lo que no era ni unas ni otras. San Justino (5) compara los milagros de estos mágicos del Egipto á los falsos prodigios que el demonio ha hecho entre los paganos, es decir, que los tiene por ilusiones y falsos milagros. Tertuliano (6) reputa por cierto que las varas de los mágicos no fueron vanas apariencias que enganaron los ojos de Faraon y de los Egipcios; sino que, como él dice, la verdad de Moises devoró la mentira de los mágicos: *Corpora videbantur Pharaoni et Aegyptiis magicarum virgarum dracones; sed Mosis veritas mendacium devoravit*.

[1] *Líb. de migrat. Abraham.*—[2] *Philo lib. 1. de vita Mos.*—[3] *Lib. II. Antig. cap. 5.*—[4] *Quaest. ad Orthodox. qu. 22.*—[5] *In Dialog. cum Tryphone.*—[6] *Líb. de anima, cap. 57.*

Parece que San Gerónimo (1) tuvo á la vista las palabras de Tertuliano, cuando dijo hablando de los milagros del Anticristo: Así como los mágicos resistieron con sus mentiras á Moises, y la vara de este devoró las de aquellos: así la verdad de Jesucristo devorará la mentira del Anticristo. San Gregorio de Nicea (2), San Próspero (3), el autor del Comentario sobre las epístolas de San Ambrosio (4), el abad Ruperto (5) y otros varios, han creído también que no habia nada de real en la trasformacion que los mágicos hicieron de sus varas en serpientes, y por tanto, que todo el milagro consistia en haber engañado los sentidos de los espectadores haciendo, que se les apareciesen objetos que en realidad no estaban presentes.

Se pueden hacer objeciones bastante considerables sobre lo que acabamos de decir: porque 1.º Sea que el demonio haya convertido verdaderamente las varas de los mágicos en serpientes; sea que solo les haya hecho mudar de figura por un movimiento secreto y una operacion sutil: sea que fascinara los ojos de los asistentes haciéndoles creer que alli habia serpientes verdaderas, todo esto nos parece sobrenatural, y por consiguiente milagroso, porque es superior á las fuerzas conocidas de la naturaleza de un espíritu. 2.º Si se dice que Dios ha concurrido con su voluntad á estas operaciones del demonio, y á otras muchas semejantes que se refieren en la Escritura, se inferirá que Dios concurre al pecado, y ayuda al demonio en el mal que hace á los hombres, ya tentado á los buenos, y ya castigando á los malos. 3.º Si para un verdadero milagro se necesita que sea superior á las leyes conocidas de la naturaleza, y á las fuerzas naturales del que le hace, podrá concluirse que siendo la mayor parte de los hombres incapaz de discernir un milagro falso de uno verdadero, será inútil para el pueblo la prueba de los milagros que parece mas proporcionada á su alcance, porque le será imposible la discusion de las leyes de la naturaleza.

Para satisfacer á la dificultad primera, es necesario advertir que la naturaleza y la fuerza de los ángeles, de los demonios, y de las almas separadas de la materia son harto desconocidas para nosotros; y que por tanto es muy difícil señalar positivamente hasta donde llega su poder sobre los cuerpos, y distinguir lo que hay de natural ó de sobrenatural en sus operaciones sensibles.

Un espíritu desprendido de la materia, y en el que no concebimos mas que entendimiento y voluntad, parece que no puede por lo natural producir ningun movimiento ni hacer por sí mismo é inmediatamente ninguna impresion en la materia, porque no tiene ninguna proporcion física con ella. Así pues, ya se diga que el demonio se ha servido de las disposiciones naturales que ha hallado en la madera de las varas de los mágicos para convertirlas en serpientes; ya sea que haya fascinado los ojos de los asistentes para hacerles ver una serpiente, que no habia en su presencia; ó

[1] *Algasia, cap. xi. ad finem. Quomodo enim signis Dei quae operabatur per Moysen, magi eius vestire mendacis; et virga Moysi devoravit virgas eorum: ita mendacium Antichristi, Christi veritas devorabit.*—[2] *Líb. de vita Moysi.*—[3] *1. Part. de praemis, cap. 5.*—[4] *In 2. ad Timoth. cap. 3.*—[5] *In Exod.*

ya que haya formado una fantasma que representase á las serpientes, todos estos efectos son incompatibles con la naturaleza de una sustancia que no es mas que inteligente. Esto es lo que nos descubre la razon en esta materia.

Pero si se ocurre á la revelacion, se entreeve un medio de explicar todas estas operaciones de los ángeles, de los demonios, y de los espíritus, sin necesidad de apelar á milagro. La Escritura nos refiere un gran número de hechos, cuyo autor se ve que fue el demonio; por ejemplo, los males que este hizo sufrir á Job; muchos poseidos de que se habla en el Evangelio; JESUCRISTO mismo tentado por el diablo, llevado á un alto monte y despues á la cúpula del templo. ¿Se dirá que en estos casos Dios concedió al demonio el poder de los milagros, ó que ha hecho prodigios para satisfacer la malignidad del demonio? Este pensamiento encierra una impiedad y una blasfemia. Seria suponer á Dios autor ó cómplice, ó cooperador de los malos designios y de las malas acciones del demonio; seria confesar que Dios hace verdaderos milagros en favor del demonio, para enganar, para hacer dano, para affigir á los hombres; y todo esto no se puede decir sin blasfemia. Es necesario pues, convenir en que el demonio ha ejercido en estos casos por permiso de Dios un poder que le es natural. Este permiso se halla bien expreso en la historia de las calamidades de Job, y en la del hombre á quien libró JESUCRISTO de una legion de demonios.

En cuanto á las apariciones de las almas separadas de los cuerpos y á los actos milagrosos que en la Escritura se atribuyen á los ángeles buenos, tampoco se deben tener siempre por milagrosas. Si los espíritus parece que obran sobre los cuerpos, y que hacen trasformaciones repentinas y extraordinarias en la materia, en el aire, en los elementos y sobre nuestros sentidos, todo esto puede suceder sin milagro de su parte. Si hay en ello algo de prodigioso y sobrenatural, es el que Dios permita algunas veces raras aquellos efectos extraordinarios y prodigiosos; porque para explicar los efectos comunes y ordinarios del poder de los ángeles y del demonio sobre nuestros cuerpos, sobre nuestros sentidos, sobre nuestras imaginaciones, y sobre mil cosas que nos rodean, y á que no atendemos por nuestra dispacion, nadie recurrirá á milagro. Si nuestros ángeles buenos nos guían y nos apartan de los peligros; si nos llenan la imaginacion de objetos piadosos; si al contrario el demonio nos inspira sentimientos malos para hacernos caer en pecado; si nos representa cosas capaces de manchar nuestra imaginacion; si causa en nosotros movimientos contrarios á la razon y al pudor, no creemos que haya en esto nada que exceda á su poder conocido y natural. Y sin embargo, bien considerado esto no hay en ello menos dificultad para un espíritu, que en lo que la Escritura nos enseña de las tentaciones que por permiso de Dios hizo el demonio á JESUCRISTO. La diferencia está en que el demonio se apareció al Salvador de una manera sensible, en vez de que á nosotros nos tienta ordinariamente de un modo mas oculto; pero no por eso obra ménos sobre nuestros sentidos, sobre nues-

tros humores, sobre nuestros cuerpos, sobre nuestra imaginacion, aunque no lo percibimos con los ojos corporales.

¿Mas cómo una sustancia del todo espiritual puede obrar de una manera física sobre un cuerpo? Dejamos establecido el principio de que la voluntad de Dios es la naturaleza de las cosas. Nos parece por un gran número de hechos referidos en la Escritura, que los ángeles y los demonios obran físicamente sobre los cuerpos; se puede concluir pues, que la voluntad de Dios es que los espíritus puedan obrar sobre los cuerpos. ¿Pero cómo puede suceder esto? ¿Qué proporcion hay entre dos cosas tan diversas? ¿Qué relacion entre la voluntad de un ser inteligente y el movimiento de la materia? Yo respondo que hay la misma que entre nuestra alma y nuestro cuerpo. ¿Quién duda que el alma da movimiento á la sangre, á los espíritus animales, á todos nuestros miembros? ¿Y quién no ve que los movimientos del cuerpo, de la sangre, de los humores y de los objetos sensibles tocan al alma, le causan pensamientos y sentimientos de alegría, de temor, de dolor y de placer? ¿Y qué cosas mas incompatibles y mas desproporcionadas que un espíritu y la materia, que la voluntad del alma y los movimientos del cuerpo? ¿Es mas difícil á un ángel ó á un demonio causar algun movimiento en el aire, en nuestros ojos, en nuestra imaginacion?

Es verdad que estamos ciertos por la experiencia que tenemos, de que Dios ha querido que haya un encadenamiento natural y una dependencia mutua entre los movimientos y las pasiones de nuestro cuerpo, y de nuestra alma, certeza que no tenemos respecto de los ángeles y de los demonios. Pero el estar nosotros ciertos de aquella voluntad de Dios sobre la dependencia reciproca de nuestros cuerpos y de nuestras almas, es por este razonamiento: Nuestras almas y nuestros cuerpos no pueden estar naturalmente en el enlace mutuo que tienen, sino por un efecto particular de la voluntad de Dios; es necesario pues que esten unidos por la misma voluntad omnipotente. ¿Y no se puede hacer un razonamiento semejante respecto de los ángeles y de los demonios? Ellos no pueden obrar sobre la materia para imprimirle movimiento, sino por un efecto de la voluntad de Dios; luego supuesto que obran sobre ella, es por esta voluntad. Ya hemos manifestado que los ángeles y los demonios han obrado verdaderamente sobre los cuerpos; luego es necesario reconocer que Dios ha querido que con ocasion de la voluntad de un espíritu, se pusiera en movimiento un cuerpo de la manera que el espíritu quisiese; ó mas bien, Dios se ha obligado á producir tales movimientos con ocasion de la voluntad de un espíritu. De que resulta que la voluntad de Dios es la que hace que la accion de los espíritus sobre los cuerpos sea algunas veces natural, y no siempre milagrosa.

En cuanto á la segunda dificultad que se puede objetar á nuestra opinion, esto es, que si Dios concurre con el demonio, prestando su voluntad á los males que este hace padecer á los buenos, y á las tentaciones con que permite que sean ejercitados, se inferirá que Dios es autor del mal ó á lo ménos que concurre á él, y lo

V.  
Si la voluntad de Dios puede concurrir á las operaciones

que el permite al demonio.

favorece, se ha respondido desde antes á esta dificultad; y ella no debe embarazarnos mas respecto del demonio que respecto de nosotros mismos, porque es cierto que Dios concurre de una manera física y natural á todos los males que cometemos exteriormente y á las acciones criminales que se cometen por el cuerpo y en el cuerpo. Se confiesa que Dios contribuye al mal, en lo que el mal tiene de físico y de material; concurre á lo material de una accion mala; le imprime movimiento á la materia con ocasion de la voluntad de un malvado, lo mismo que con ocasion de la voluntad de un justo, á consecuencia de la union de nuestros cuerpos con nuestras almas establecidas por el mismo Dios; pero no se sigue de ahí que concurre al mal en lo que este tiene de formal, al mal moral, que consiste en la mala voluntad, principio de la accion mala.

La tercera dificultad es mas considerable. Es cierto que la mayor parte de los hombres no son capaces de discernir entre un milagro verdadero y otro falso; pero de esto no se infiere que la prueba de los milagros sea inútil para el pueblo; la consecuencia única que se debe sacar es que el pueblo debe ser mas cauto de lo que es ordinariamente en juzgar de las cosas sobrenaturales y milagrosas. Es preciso convenir en que es fácil sorprenderle, y que se tiene á veces por verdadero prodigio aquello que no lo es mas que en apariencia.

Hay ciertos hechos evidentemente milagrosos, en que es imposible que haya engaño, y el pueblo, por grosero ó ignorante que se le suponga, puede verlos sin riesgo como prodigios. Cuando Moises abrió con un golpe de vara las aguas del mar Rojo, y que despues por su mandato se restituyeron á su primer estado; cuando sacó agua de una piedra, y cuando hizo que la tierra se abriese para tragar á los sediciosos; cuando Jesucristo resucitó á Lázaro que llevaba cuatro dias de muerto, y cuando se resucitó á sí mismo, nadie pudiera dejar de conocer que todas estas cosas eran verdaderos milagros. Para tenerlos por tales no se necesitaba filosofía, ni alta penetracion, ni largo exámen, ni profundas discusiones. Y si Moises y Jesucristo han hecho un solo milagro incontestable y proporcionado á la capacidad de los hombres mas simples, y tal que los mas incrédulos no hayan podido negarlo con razon, se debe concluir que todos los otros milagros ménos evidentes, que han sido hechos por las mismas personas, referidos por los mismos autores, y que han tenido por objeto confirmar la misma doctrina y las mismas verdades, son tan ciertos y tan incontestables como los primeros.

Aunque un hombre sin letras ni estudios no pueda saber precisamente hasta donde llega el poder de los ángeles, de los demonios, de los mágicos, y lo que es capaz de hacer un hábil charlatan para engañar los ojos de los hombres, no puede ignorar á lo ménos que un agente natural, de cualquier calidad que sea, no puede resucitarse á sí mismo por su propia virtud, detener el sol, y hacer que cese una tempestad, y ménos en un momento. Estoy muy seguro de que á esto no alcanza el poder de los agentes de que se acaba de hablar aunque no sepa exactamente hasta donde llega. Para hacer que los cuerpos obren

VI.  
Principios para discernir los milagros verdaderos de los falsos.

sobre la materia, y para causar en ella mudanzas considerables, se necesita preparacion, tiempo, y seguir ciertas leyes de movimiento; solo la primera causa, el agente Todopoderoso puede en un momento producir estos efectos milagrosos. Se deben distinguir bien estas dos proposiciones: 1.<sup>a</sup> *Los simples, y aun los mas hábiles no conocen todas las leyes de la naturaleza, ni toda la virtud de los agentes naturales.* 2.<sup>a</sup> *Los simples y los sábios no pueden ignorar que una cosa es superior á las fuerzas de la naturaleza.* Yo sé bien lo que no puedo; pero ignoro lo que puedo, y á qué punto pueden extenderse mis fuerzas naturales. Aunque sé por ejemplo que no puedo correr como una bala disparada de un fusil, no sabré decir hasta qué grado llegará mi velocidad en correr.

Ademas, cuando se habla de la impresion que los milagros deben hacer en los ánimos, es preciso distinguir diversos estados y grados de personas. Un hombre por ejemplo, ignorante de la verdadera religion, un pagano, debe creer la doctrina que se le propone, y se le prueba con milagros, á ménos que esta doctrina sea contraria á las luces naturales, ó que los milagros que ve, le den justo motivo de sospechar en ellos ilusion. Si llega otro hombre que haga milagros, y destruya la doctrina del primero, y confirme la que él enseña con milagros opuestos á los de aquel, debe suspender el pagano su juicio y examinar la doctrina. Pero si es un cristiano ya instruido el que se halla entre dos hombres que hacen milagros, debe preferir 1.<sup>o</sup> al que esté aprobado por la Iglesia; 2.<sup>o</sup> al que haga mayores milagros, y 3.<sup>o</sup> al que predique una doctrina mas pura y mas santa; y debe rechazar absolutamente al que lo esté por la Iglesia, al que predica contra Jesucristo, al que anuncia una falsa doctrina ó una moral corrompida.

Pero se me dirá: ¿no hay en esto un círculo visioso y una petition de principio? Os pido una señal para distinguir los verdaderos y los falsos milagros, y me decís que los verdaderos son los que sirven para confirmar la sana doctrina; y si os pido las pruebas de la doctrina de dos predicadores, decís que debo atenerme al que hace milagros; que si los dos los hacen, debo referirme á la Iglesia; y si dudo cual es la verdadera Iglesia, me remitís á los milagros y á la doctrina. Una cosa no debe servir de prueba para ella misma; no se debe alegar como principio lo que está en cuestion.

Se responde, que el principio en que está fundado todo lo que decimos, es que Dios siendo la verdad misma, no puede inducirnos á error, ni autorizar la impostura y la mentira con su aprobacion, y con una serie de milagros verdaderos; y que habiendo prometido la infalibilidad á su Iglesia, no puede faltar á lo que prometió. Este es el principio de nuestro discurso, principio incontestable comprendido en la idea misma que todos tenemos de la Divinidad, como de un Ser infinitamente perfecto. Así pues, cuando en la duda de la verdad de un milagro, ó en concurso de dos que hacen milagros, me remito al exámen de la doctrina ó á la autoridad de la Iglesia, lo hago en consecuencia de un principio infalible que no se puede negar, y es que Dios no puede engañar, y que la decision de su Iglesia es la decision de su espíritu. La Iglesia deriva su autoridad de la palabra

de Jesucristo. Los milagros y la doctrina están apoyados sobre el mismo fundamento. Esto no es una petición de principio, sino un enlace de pruebas y de principios que corresponden el uno al otro, y que se prestan mutuamente fuerza y claridad.

No se trata de poner en duda que los mágicos, los falsos profetas, el Anticristo puedan hacer algunas acciones, que consideradas ellas solas parezcan tan milagrosas como otras de Moisés, de Jesucristo y de los apóstoles; pero se niega absolutamente que los mágicos y los otros ministros del demonio hayan hecho un tan grande número de milagros, tan circunstanciados, tan seguidos como los de Moisés y Jesucristo, ni con la misma autoridad y prontitud; que los hayan predicho; que hayan suspendido su curso, cuando hayan querido, y que los hayan hecho para sostener una doctrina divina, para establecer la verdad, para destruir el error, la idolatría, la superstición, la mentira, el reino del demonio, y para procurar la gloria de Dios. El Salvador, dice San Agustín (1), ha debido hacer milagros iguales á los de los antiguos profetas que le anunciaron como su Dios, su Señor, su dueño, para que no pareciese absurdo que no hiciese lo que otros habían hecho. Pero él ha hecho ciertos prodigios que ningún otro había obrado, ni podido hacer, para manifestar que era superior á todos los autores de milagros, cualquiera que fuese su naturaleza y calidad; como *nacer de una virgen, resucitarse de entre los muertos por su propia virtud, y subir al cielo*. Si estas acciones no bastan para probar su divinidad, no sé que pruebas se podrán pedir.

Celso objetaba en otro tiempo á los cristianos los pretendidos milagros de las divinidades del paganismo para oponerlos á la autoridad de los de Jesucristo; mas Orígenes (2) ha hecho ver la diferencia que hay entre ellos, por la diversidad que se halla entre la moral y la doctrina de Jesucristo, y los absurdos y abominaciones del culto de las falsas divinidades. ¿Quién puede sostener, decía, la corrección de las costumbres sea obra del engaño! ¿Qué interés podía tener el demonio en hacer milagros para la santificación del género humano! Arnobio desafiaba á los paganos para que le hicieran ver que sus dioses habían hecho milagros iguales á los de Jesucristo por sola su palabra y su mandato. Es imposible que Dios permita que el hombre sea engañado por una larga serie de milagros, principalmente si el hombre es de buena fe, y si la corrupción de su corazón, y el desprecio de la verdad y de la justicia no lo hacen digno de encontrar las tinieblas que busca y el error que le agrada.

Los mágicos de Faraon hicieron sin duda una cosa que parecía milagrosa, transformando sus varas en serpientes; pero Dios no los confundió desde la primera ocasión, haciendo que la vara de Moisés devorase las serpientes que ellos habían hecho aparecer! Y cuando á ejemplo de Moisés, quisieron producir moscas ¡no les detuvo Dios el poder, y no se vieron obligados á confesar que el dedo de Dios obraba por Moisés! Ellos fueron heridos como los demas Egip-

(1) Ep. 137 ad Volusian. c. iv. n. 13. *novi edit.*—(2) Cont. Celso. lib. 1. *versus finem*, lib. 11. pag. 89 et seqq. et lib. iii. pag. 136. et seqq.

cios, de la plaga de las úlceras, y su arte diabólica no pudo hacer nada contra los Israelitas, quienes fueron exentos de aquellas plagas con que Dios castigó al Egipto, y gozaron de una paz profunda, mientras que el resto del país fue desolado, ya por la mudanza del agua en sangre, ya por el granizo y el rayo, y ya en fin, por las tinieblas, y por la muerte de los hombres y de los animales.

Pónganse en paralelo los pretendidos milagros de los mágicos de Faraon, los de Apolonio Tiano y de las divinidades del paganismo, con los de Jesucristo, Moisés y los apóstoles, y se hallará una gran desproporción. ¿Se ha visto que el demonio haya detenido el curso de los ríos, dividido las aguas del mar, dulcificado las de una fuente amarga, sacado agua de una roca, predicho cosas que dependían del concurso de muchas causas libres, y anunciado las mucho antes de que sucediesen! ¿Ha resucitado muertos despues de muchos días de sepultados! ¿Los mágicos han caminado sobre las aguas, curado ciegos, cojos, mudos de nacimiento, sin tocarlos, sin prepararlos, y solo por su mandato! Los milagros que se nos citan de los mágicos y de los dioses del paganismo, ¿quiénes los refieren, autores fieles, contemporáneos, testigos de lo que escriben, y que sufren los tormentos y la muerte misma por defender lo que enseñan!

El demonio posee y atormenta los cuerpos, causa enfermedades, tienta á los buenos; estos son los efectos de su poder. Se apareció á Jesucristo para inducirle, si hubiese podido, á tentar á Dios, á adorar la mas indigna de las criaturas. Todo lo que hace, procede de un poder peligroso y perjudicial. Por todos estos aspectos aparece como padre de la mentira, de la iniquidad, de la impiedad, de la superstición. Habló á Eva para hacerle desobedecer á su Dios; ostenta los prodigios de su poder contra Job para precipitarle en la impaciencia y desesperacion. Por último, todos estos pretendidos milagros no se dirigen mas que á hacer desgraciados, impios y pecadores. He aquí el objeto del poder del demonio y de sus ministros.

Por tanto, aunque el ángel de las tinieblas se transforme en ángel de luz; aunque Belzebub arroje á los demonios, aunque los falsos profetas hagan prodigios que induzcan al error aun á los escogidos, si es posible, siempre será fácil á los corazones rectos distinguir la verdad de la mentira; las acciones, los sentimientos, la doctrina, los fines de los hijos del espíritu de las tinieblas, les harán conocer muy pronto lo que son. Los fieles mas simples no serán jamas engañados por los falsos milagros, si permanecen invariablemente unidos á la doctrina de Jesucristo, y sumisos al juicio de la Iglesia. Esta es la que tiene autoridad de juzgar sobre la mision y el mérito de los verdaderos y los falsos apóstoles. Cuando la Iglesia condenó á Simon (1), aunque este hiciera los prodigios mas admirables, aunque se elevase hasta las nubes, era preciso decirle anatema. Tambien la doctrina de Jesucristo es una regla invariable que reprueba todo lo que es contrario. La doctrina ayuda á los milagros, y los milagros sostienen la doctrina. Estas dos cosas deben ser inseparables: son dos principios

[1] Act. viii. 20. 31.

que deben estar ligados y unidos el uno con el otro. El pueblo no debe decidir absolutamente sobre la doctrina y los milagros; pero su fe comprende á la una y á los otros, y la sumision de los verdaderos fieles abraza la doctrina probada con los milagros, y á los milagros acompañados de la sana doctrina. La prueba de los milagros reconocida por la Iglesia subsiste siempre en toda su fuerza, tanto respecto de los simples, como respecto de los sabios. Nosotros respetamos en los milagros el carácter de la Omnipotencia de Dios que brilla en ellos, y la autoridad de la Iglesia que los reconoce.

Segun esto, un verdadero milagro (1) debe ser 1.º superior á las fuerzas naturales y conocidas del que le produce; 2.º debe tener por objeto á Dios y á Jesucristo; 3.º no debe tener nada contrario á la verdadera doctrina, á la piedad, á la Iglesia. Parece que los judios y los fariseos del tiempo de Jesucristo tenian sobre esto la misma idea que nosotros, y de esta idea mal entendida tomaron pretexto para rechazar al Salvador, en cuya doctrina y acciones decian que no hallaban todos estos caracteres. Ellos tenian la ley de Dios que les prohibia escuchar á cualquier hombre que haciendo milagros les enseñase una doctrina, ú observase una conducta que se opusiese á esta ley. Jesucristo, segun los fariseos, quebrantaba la ley; parecia pues, que el pueblo no debía seguirle; y sin embargo el Salvador sostiene que los Judios son muy culpables de no haber recibido su doctrina apoyada por sus milagros, y que ellos no habrian pecado, si él no hubiera hecho entre ellos obras que nunca jamas habian sido hechas por otro (2). Luego queria que se tuviesen sus milagros como pruebas ciertas de lo que enseñaba; y pretendia que los Judios estaban en obligacion de creerle, y que los milagros que hacia eran bastantes para justificar su conducta y su doctrina. Tal es igualmente la conclusion que saca Nicodemus, cuando dice á Jesucristo: *Nosotros sabemos que tú eres un maestro enviado por Dios, porque nadie puede hacer las maravillas que tú haces, si Dios no está con él* (3).

En efecto, cuando los milagros son ciertos y no contradicen manifiestamente á la sana doctrina, bastan para autorizar como enviado de Dios al que los hace; ellos entonces tienen el carácter de la verdad y de la divinidad. Aun cuando la doctrina fuese sospechosa, como podia serlo á Nicodemus la de Jesucristo, porque parecia destructora de las tradiciones de los fariseos, si hay milagros ciertos y evidentes, es preciso que la evidencia del milagro venza la dificultad que podria haber por parte de la doctrina; lo cual se funda en el principio inmutable de que Dios no puede inducir á error. Y es cierto que induciria á error si los que hacen milagros predicasen una doctrina falsa que no lo pareciese visiblemente á la luz del sentido comun, y si un autor mas grande de milagros no hubiese advertido ántes que no se les creyese. Así por ejemplo, si los arrianos que se decian apoyados en la Escritura, como los católicos, hubiesen hecho milagros y no los católicos, se hubiera in-

[1] Véanse los Pensamientos de Pascal art. de los Milagros.—[2] *Juan. xv. 24.*  
—[3] *Juan. iii. 2.*

ducido á error, porque hubiera sido preciso decidir á favor de los milagros, y seguir una falsedad. Pero esto es lo que Dios no puede hacer; y lo que haria si permitiese que en una cuestion obscura ó dudosa hubiese milagros de parte de la mentira y no de la verdad. Mas cuando en caso de duda se ven milagros por las dos partes, seria necesario entonces valerse de las reglas que hemos propuesto: el exámen de la doctrina, la naturaleza del milagro, la conducta del que le hace, la autoridad de la Iglesia, y sobre todo la oracion, para purificar el alma de la presuncion y de los deseos desarreglados que podrian cerrarnos los ojos y extraviarnos al error.

Tertuliano (1) observa sobre este punto una cosa que merece mucha atencion. Parece, dice, que el Hijo de Dios no podia ya emplear la autoridad de los milagros para probar su mision despues de haber debilitado ó mas bien destruido semejante prueba, predicando que los impostores harian milagros que podrian seducir á los mismos escogidos: *Temerariam signorum atque virtutum fidem ostendit, ut etiam apud pseudo-Christos facillimarum.* ¿De dónde pues proviene, añade, que Jesucristo quiere que se le apruebe, que se le reconozca, que se le reciba por el testimonio de sus milagros, al mismo tiempo que rehusa el mismo privilegio á los otros autores de milagros? Sin duda es porque habiendo sido el primero en venir, y el primero en dar preceptos sobre la naturaleza y las calidades de los verdaderos milagros, se ganó el crédito, y se hizo dueño de los espíritus. Como el que entra primero en un baño se apodera del lugar y cierra la puerta á los demas, del mismo modo Jesucristo se adelantó á todos los otros, y se reservó él solo todo el crédito: *Ita fidem occupavit posteris quibusque praripuit.* Teniendo la ventaja de haber sido el primero en venir, desacreditó á los que debian seguirle, describiéndolos y anunciándolos.

San Agustin (2) respondiendole á los Donatistas que se jactaban de tener autores de milagros, y decian que Poncio habia hecho uno, y que Dios habia respondido á Donato cuando este oraba, les dice: 1.º que los hereges son los primeros engañados, creyendo fábulas, con que quieren enganarnos, contándonos lo que ellos no creen; 2.º dando por supuesto que hayan hecho milagros, sostiene que ellos no tenian caridad sin la cual de nada sirve la fe que hace transportar los montes. Juzga que no tienen caridad, porque han rompido la unidad; 3.º dice que el Hijo de Dios nos ha puesto alerta contra estos autores de milagros: *Contra istos mirabilarios cautum me fecit Deus, dicens: In novissimis diebus exurgent pseudo-propheta facientes signa et portenta, ut in errorem inducant, si fieri potest, etiam electos.* Un soldado desertor puede causar espanto á un hombre rústico; pero el que no quiere ser sorprendido, ni espantado, atiende á si este soldado está en su campamento, si va siguiendo á su ejército, y si lleva algun carácter que le dé alguna autoridad. Si está separado de su cuerpo, y si no tiene la divisa que debe distinguirlo, no se temen sus amenazas, y se resisten sus pretensiones. El mismo Santo doctor se sirve igualmente de esta com-

[1] *L. m. contra Marcion.*—[2] *In Joan. tract. 13.*

paracion en otro lugar (1); y distingue los milagros de los mágicos de los de los santos por el fin á que se dirigen, y por el derecho y autoridad con que se hacen. Los mágicos buscan su propia gloria, y los santos la gloria de Dios. Los primeros obran por un poder que se les concede en cierto orden y en ciertos límites; pero los santos obran por una autoridad pública, emanada de aquel á quien se ha dado todo poder en el cielo y en la tierra.

Por conclusion de todo lo que hemos dicho sobre los verdaderos y los falsos milagros, se puede asegurar: 1.º Que solo Dios puede hacer los verdaderos, porque solo él puede obrar contra las reglas ordinarias de la naturaleza, ó suspender su acción, cuando y como lo juzga conveniente. 2.º Que los hombres, los ángeles y los demonios pueden hacer algunas veces acciones milagrosas por voluntad expresa de Dios que se sirve de sus criaturas para ejecutar sus órdenes, y para que sean instrumento de su misericordia ó de su justicia. 3.º Que los espíritus separados de la materia pueden naturalmente y sin milagro obrar sobre los cuerpos hasta cierto punto. 4.º Que los pretendidos milagros de los mágicos de Faron son operaciones mágicas cuyo autor ó instrumento es el demonio. 5.º Que el verdadero milagro recibe mucha parte de su autoridad exterior respecto del pueblo, de la doctrina y del mérito del que le hace, y de la aprobacion de la Iglesia.

Despues de publicada esta disertacion conforme á Calmet, en la primera edicion que se hizo de esta Biblia en 1748, se suscitó una disputa que dió motivo á varios escritos sobre esta importante materia. No hacemos mérito de muchos que no tienen relacion mas que con ciertos hechos particulares, testificados y defendidos por unos, negados y combatidos por otros; no citaremos aqui sino los que tratan de los milagros en general. Tal es el intitulado: *La doctrina de la Escritura y de los Padres sobre las curaciones milagrosas, por un religioso benedictino de la congregacion de San Mauro* (Don Prudencio Maran); Paris 1754, en 12. Se defendia en él que las curaciones milagrosas no podian provenir sino de Dios, y que el demonio no puede hacer ninguna. Este escrito fue impugnado en una obra mas extensa con este título: *Tratado de los milagros, en que se examina, 1.º su naturaleza y los medios de distinguirlos de los prodigios del inferno. 2.º sus fines. 3.º su uso.* Paris, Despilly, 1763, en 12, dos volúmenes. La materia se trata en esta obra con toda extension; pero el autor en vez de comenzar por establecer la certeza, los caracteres, las consecuencias de los milagros divinos que son el fundamento de nuestra fe, comienza por establecer la extension del poder del demonio en el género milagroso; y solo en la parte última de su obra trata de lo concerniente á los milagros de Jesucristo; en una palabra, concluye por donde debia empezar. Este método ha perjudicado mucho al suceso de la obra. Se le ha opuesto una extensa refutacion que ha salido á luz con este título: *Cartas al autor del Tratado de los mi-*

[1] In lib. 83 questionum, qu. 79 art. 4. Item serm. 90 et Chrysost. in Matt. vii. 22. et alios PP. in eand. locum.

VII.  
Conclusion  
de esta Di-  
sertacion.

VIII.  
Observa-  
cion sobre  
los últimos  
escritos que  
tratan de es-  
ta materia.

lagros, en Francia, 1767, en 12. Se le acusa en esta obra con mucha energía de haber dado armas á los incrédulos. Creemos que estos escritos deben leerse cautamente y sin preocupación. Parece que los contrarios del Tratado de los milagros, se ocuparon mucho en los sucesos particulares, en que eran interesados, y no pensaron bastante en la prediccion expresa de Jesucristo, esto es, que se levantarán falsos cristos y falsos profetas que harán grandes prodigios, y cosas admirables, hasta seducir, si fuese posible, á los mismos escogidos: *Ita ut in errorem inducantur, si fieri potest, etiam electi. Matt. xxii. 24.* Esto es lo que no se medita bien, sin embargo de que es lo decisivo en esta disputa; porque de ello resulta con mucha claridad: 1.º Que el poder del demonio será muy extenso algun dia, supuesto que llegará hasta seducir, si fuese posible, á los mismos escogidos. 2.º Que el discernimiento no será fácil entonces, porque aquellos prodigios serán capaces de seducir, si fuese posible, á los mismos escogidos. 3.º Que este poder se extenderá á todo lo que puede hacer un ente criado á quien Dios permite usar de su poder, sin exceptuar las curaciones, porque si fueran exceptuadas, el discernimiento seria muy fácil. 4.º Que por fin en estos últimos tiempos, como en los otros, la doctrina discernirá los milagros, y que todo el que permaneciere unido fielmente á Jesucristo con un corazón recto, rechazará todos los prodigios de su enemigo, por grandes y de cualquier naturaleza que sean. He aqui lo que salvará á los escogidos. A pretexto de milagros se han creído algunos hombres autorizados para separarse de las reglas mas santas de la moral cristiana; á pretexto de milagros se crearán otros autorizados algun dia para separarse de la pureza de los dogmas de la fe. Esta será la seducción, seducción tanto mas peligrosa, cuanto que los hombres estarán ménos dispuestos á reconocer toda la extension del poder del demonio; de suerte, que los que niegan hoy este poder, preparan contra su propósito aquella seducción capaz de arrastrar, si fuese posible, á los mismos escogidos. Los que bien convencidos de toda la extension del poder del demonio, permanecieren unidos inviolablemente á las reglas santas de la moral, á la pureza de los dogmas de la fe, despreciarán las mayores maravillas del enemigo, y así se escaparán de aquella seducción que será la mas grande que se haya visto jamas sobre la tierra.